DOS LEGENDARIOS ANTECEDENTES CLASICOS DE LA CAMPANA DE HUESCA

José María Romeo Pallás

Hace treinta años en un interesante y documentado artículo¹ estudió don Antonio Ubieto Arteta el legendario tema de la Campana de Huesca en sus aspectos histórico y literario; y, teniendo en cuenta el fondo histórico de los hechos y la existencia de una tradición juglaresca en Aragón, llevó a cabo una reconstrucción en verso de la leyenda épica «escrita en dialecto aragonés, posiblemente, del siglo XIII y prosificada en CP², es decir, en la llamada Crónica de San Juan de la Peña³. En esta jubilar ocasión lo único que modestamente pretendo es señalar que en cuatro autores clásicos, Heródoto y Aristóteles, Dionisio de Halicarnaso y Tito Livio, se encuentran también dos relatos legendarios muy similares al de la Campana de Huesca, uno referente al tirano Periandro de Corinto y el otro a Sexto, hijo del rey romano Tarquinio el Soberbio.

Cuenta Heródoto (*Historia* V $92\xi-\eta$)⁴ que Periandro, hijo de Cípselo, cuyo gobierno había sido en un principio muy justo y benévolo, (a) envió

¹ Antonio Ubieto Arteta, «La Campana de Huesca», Revista de Filología Española XXXI, 1951, pp. 29-61.

² Ihidem. p. 57

³ Antonio Übieto Arteta, Crónica de San Juan de la Peña. Versión latina e índices preparados por , Valencia 1961. La leyenda de la Campana de Huesca está en pp. 87-89. La versión aragonesa, que podemos leer en REF XXXI 1951, pp. 31-32, corresponde al capítulo XX de la edición de Tomás Ximénez de Embún, Crónica de San Juan de la Peña, Zaragoza 1876.

⁴ Cómodo acceso al relato herodoteo —como por lo demás a toda la obra del historiador griego— en la excelente traducción, acompañada de muy eruditas notas, de Carlos Schrader, Heródoto. Historia. Traducción y notas (Ed. Gredos), Madrid 1981, libro V-VI, pp. 166-167. Periandro fue tirano de Corinto durante varios decenios del siglo VI a. C. En antiguas listas peripatéticas de los Siete Sabios de Grecia Periandro figuraba como uno de ellos.

JOSE MARIA ROMEO PALLAS

un heraldo a Trasibulo, cruel tirano de Mileto, para preguntarle qué es lo que debía hacer para conseguir afianzarse políticamente en su ciudad y poder gobernar sin contratiempos; (b) que Trasibulo llevó al heraldo a un trigal de las afueras de Mileto y, (c) mientras una y otra vez preguntaba al emisario de Periandro sobre el objeto de su embajada, cortaba las espigas más sobresalientes y las arrojaba al suelo; (d) que Trasibulo, después de recorrer el trigal cortando las espigas más altas, despidió al heraldo sin darle ningún consejo. (e) El enviado regresó junto a Periandro y le contó lo que había visto hacer a Trasibulo, manifestando a aquél su extrañeza por volver sin haber obtenido en Mileto ninguna respuesta oral. (f) Periandro, sin embargo, comprendió lo que, sin hablar palabra, con sola su actuación ante el heraldo, quería decirle Trasibulo; y, (g) en consecuencia, Periandro dio muerte a los ciudadanos más importantes y destacados de Corinto.

El relato de este legendario episodio lo repite en términos parecidos Aristóteles en su *Política* (III 13, 1.284a y ss.), siendo Trasibulo el que pide consejo al «sabio» Periandro.

Cuenta también Tito Livio (Ab Vrbe condita I 53-54)⁵ que el hijo de Tarquinio el Soberbio, Sexto, se encontraba en la ciudad de Gabios simulando, de acuerdo previo con su padre, que estaba reñido con éste y, una vez que allí hubo adquirido bastante predicamente, (a) envió cerca de Tarquinio a uno de los suyos pra preguntarle qué debía hacer finalmente para apoderarse por completo de Gabios. (b) Tarquinio se fue con el mensajero de su hijo Sexto al jardín de su palacio romano y, (c) mientras paseaba en silencio y el mensajero insistentemente le pedía una resputa, el rey tronchaba con una varita las adormideras más altas. (d) El mensajero se volvió a Gabios y manifestó a Sexto que Tarquinio no le había respondido ni una palabra; (e) pero sí le contó lo que había hecho en su jardín. (f) Sexto entendió al punto lo que significaba la enigmática actuación de su padre, y (g) dio muerte a los ciudadanos más notables de Gabios, a unos públicamente y a otros en secreto.

El relato de la embajada enviada por Sexto a su padre Tarquinio el Soberbio la cuenta también en forma parecida a Tito Livio su coetáneo Dionisio de Halicarnaso (*Historia antigua de Roma* IV, 56), quien dice que el rey romano no hizo otra cosa que imitar a Trasibulo de Mileto⁶.

La Crónica de San Juan de la Peña (versión aragonesa, capítulo XX) cuenta la actuación del rey don Ramiro II el Monje de la siguiente manera⁷:

⁵ El episodio de Sexto Tarquinio lo podemos leer ahora en la reciente nueva edición crítica, cuidadosamente preparada y acompañada de exacta y elegante traducción de Antonio Fontán, *Tito Livio. Historia* de Roma desde la fundación de la ciudad. Libro l y Il, Madrid (C.S.I.C.) 1987, pp. 90 ss.

Véase ahora Almudena Alonso y Carmen Seco, Dionisio de Halicarnaso. Historia antigua de Roma. Traducción y notas (Ed. Gredos), Madrid 1984, libros IV-VI, pp. 83-84.

⁷ Relato que presentamos muy esquemáticamente (señalando mediante puntos suspensivos las supresiones), tomándolo del lugar indicado en nuestra nota 3.

«Et por dar remedio al su Regno (a) embió un mesagero al su monesterio de Sant Ponz de Tomeras, con letras al su maestro, clamado Forçado... rogándole que le consellasse lo que faría; (b) el qual maestro... clamó al mesagero al huerto en el qual hauía muytas coles, (c) et sacó un ganivet et... talló todas las coles mayores que yeran en el huerto... (d) El qual mesagero con desplazer que respueta no la auía dada, (e) vínose al Rey et recontóle que respuesta ninguna non le hauía querido fazer..., pero quando contó la manera que hauía visto... (f) el Rey pensó en sí mesmo quel huerto podía ser el su Regno, las colles yeran las gentes del su Regno», (g) y descabezó a los ricoshombres de su reino que creía culpables.

La narración de la Crónica de San Juan de la Peña contiene las siete piezas (señaladas con las letras $a, b, c, \dots g$) de los relatos herodoteo y liviano, pero es bastante más amplia y detallista, dado su origen poético, aunque probablemente elimina elementos embellecedores del poema épico que prosifica. El lugar de la enigmática actuación del correspondiente consejero (un sabio tirano, un astuto y cruel rey, un monje maestro) es sucesivamente en cada uno de los tres relatos un trigal, un jardín y un huerto; las plantas sobresalientes que en esos plantíos se cercenan son respectivamente espigas, adormideras y coles, y el instrumento con que se cortan, que falta en el primer relato, es en el segundo una varita y en el tercero un cuchillo. Es notable que, en el último relato, lo que podía ser un elemento menos embellecedor con respecto a las espigas y adormideras de los relatos clásicos, como son las coles, sirva para dar cabida a una reflexión macabra del Rey Monje: «Et dixo: por fer buenas colles, carne y a menester»8. Esta reflexión precisamente introduce el relato de la venganza del rey Ramiro, con la terrible, pero poética, invención de la Campana de Huesca. Esta leyenda es una poética narración de cómo el rey medieval elimina a los nobles que cree se oponen a su poder y que, en todo caso, le estorban. En cambio, en los dos relatos antiguos, la eliminación de los ciudadanos notables de Corinto y de Gabios por obra respectivamente de Periandro y de Sexto Tarquinio lo narran los historiadores antiguos de manera absolutamente prosaica. El episodio de la Campana de Huesca, tan típico de la poesía épica, es lo que explicaría que su relato, recogido por las diversas versiones de la Crónica de San Juan de la Peña⁹, fuera efectivamente la prosificación de un poema épico que el cronista compilador quiere contrapesar con elementos tan prosaicos como es la nómina de los ricoshombres eliminados por el Rey Monje. En todo caso, sería extraño que, recorriendo los tortuosos caminos que fuera, los episodios histórico-legendarios referidos por los historiadores clásicos, en cuyas obras no pasan de ser divertidas, pero simples anécdotas, no estén presentes ni, en cierto modo, hayan sido la causa originaria de la aparición de la poética leyenda de la Campana de Huesca.

⁸ Cf. RFE XXXI, 1951, p. 31.

⁹ Cf. RFE XXXI, 1951, p. 32, nota 1.